

Peregrinando por....

De Oropesa a Ávila por el Camino de Los Pastores

Cuando muchos de nosotros combatíamos los rigores del verano al borde de alguna playa, algunos intrépidos peregrinos se entregaban en cuerpo y alma a la recuperación de este camino entre su pueblo natal y la ciudad de Ávila.

Al mando de ellos nuestro Socio y Peregrino de Honor, Josema Gutiérrez y sus paisanos Antonio, Pedro, Josema, Diego y Susi, éste último, Jesús Pino, autor de este relato.

A todos ellos nuestro agradecimiento más sincero, no solo por su aventura sino por creer en este proyecto de recuperar los caminos peregrinos desde Castilla a Guadalupe y demostrarnos que es posible y necesario.

Crónica de nuestro viaje

El origen de esta apasionante aventura, que realizamos durante los días 10, 11 y 12 de agosto de 2011, hay que buscarlo en los contactos que venimos manteniendo desde hace tiempo con el entusiasta Antonio Dávila, presidente de la Asociación de Amigos del Camino Real de Guadalupe y conocedor y propulsor de diferentes vías que conducen hasta esta localidad extremeña. Es evidente, como ocurre con el famosísimo Camino de Santiago, que habría desde la antigüedad diversas maneras de acceder hasta el santuario de peregrinación de la Virgen Morena y una de ellas, la que lo unía con Ávila, es la que nosotros, al menos en parte, hemos intentado recuperar con nuestra particular Odisea.



A nuestra espalda el Pico Almanzor y el pantano de Navalcán

Nuestro propósito final sería el de unir Ávila con Guadalupe y ofrecer a los caminantes que se atreven una nueva posibilidad, muy sugerente, de practicar esta pasión que consiste en recorrer con lentitud y los ojos abiertos nuestra geografía.

Está claro que falta todavía mucho por hacer y que habría que empezar por señalar convenientemente el trayecto, pero está igualmente claro que, si se consiguiera la ayuda pertinente de las Instituciones que correspondan, estaríamos en condiciones de poner en funcionamiento una ruta extraordinaria que podría perfectamente terminarse en el curso de una semana y que tendría atractivos muy similares a los de otras más conocidas y transitadas.

Es muy importante señalar, ya desde el principio, que la mayor parte de este viaje, pongamos que un 95%, transcurre por senderos de tierra, con lo que eso significa para los que entienden de caminar. En el capítulo de infraestructuras, como refugios donde pernoctar, hay que aclarar que por el momento no existen, pero, siempre que se trate de grupos no muy numerosos, se podrían acomodar perfectamente en los establecimientos privados de los diferentes pueblos y, en algún caso, en lugares públicos que se podrían adaptar para estas situaciones.

En cualquier caso, sea lo que sea que resulte de este proyecto que está en sus inicios, vale mucho la pena que conozcan esta posibilidad aquellos a los que les guste colgarse un mochila al hombro, agarrar un palo y perderse por estos parajes maravillosos. Estas palabras pretenden ser, pues, una invitación para todos ellos y una descripción, no muy exhaustiva, de lo que fue nuestra peregrinación.

Salimos desde Oropesa un miércoles 10 de agosto a las 5' 30 de la mañana. Una hora muy temprana, pero necesaria, teniendo en cuenta el calor que sabíamos que íbamos a pasar, porque, aunque este verano está resultando atípico, nos pillaron los días más asfixiantes que hasta ahora habíamos tenido y que en algunos momentos llegaron a alcanzar una temperatura de 40 grados e incluso más. Es otro dato muy relevante que tienen que considerar los que se aventuren.

Estamos en una zona donde el verano es riguroso y esta circunstancia afecta, claro está, al que se mueve por los campos. Desde la Plaza del Navarro, lugar de la cita, subimos por la Ronda, los restos de nuestra vieja muralla, cruzamos la Puerta de Talavera y recogimos en el Ferial al sexto de la partida.

Ya estábamos todos: *Antonio, Pedro, Juanma, Josema, Diego y Susi*, el que escribe. Desde allí bajamos por la Cuesta de los Molinos, alumbrados levemente por nuestras respectivas linternas, giramos un poquito hacia el Pilón del Fraile y, sin llegar a él, cogimos la carretera que enseguida nos puso en Torralba. Una vez allí, muy cerca de la Iglesia, cogimos un camino a la izquierda que, pasado el cementerio, te lleva hasta las primeras encinas de los montes cercanos. Empezaba entonces a amanecer y es una hora estupenda para cruzar este entorno que a otras es muy seco. Incluso diríamos, con ese frescor propio del alba y esa luz incipiente que todavía no hace daño, que podíamos estar en una zona del norte y no en la planicie del centro en la que nos encontrábamos.

Tiramos después hacia el Dehesón, la granja de experimentación del cerdo ibérico, y, al poco de atravesar sus dependencias, nos paramos junto al Pantano de Navalcán, en el Puente del Guadyerbas, a almorzar. Por el cauce de ese río, claro, no corría ni una gota, pero es un lugar bonito para detenerse. Poco después, en lugar de tomar la opción de Parrillas, que es la que siguen los que van a San Pedro de Alcántara, nosotros cogimos la de Navalcán, que previamente habíamos recorrido en coche con José, nuestro alcalde y *navalqueño* él mismo. Entramos al pueblo por la depuradora, luego el cementerio y al poco, pasando la Iglesia, llegamos al bar de Pedro, donde nos recibió el alcalde y un concejal y donde nos bebimos, gratis, un par de riquísimas cervezas.

Una vez allí, el camino a seguir no tiene pérdida, porque hasta el Tiétar son ocho kilómetros, perfectamente señalizados, que siguen la llamada "Ruta del Águila". El único problema, que presumíamos, el sol, que estas horas de la mañana ya calentaba de forma enrabiada. Es un sendero precioso, entre jaras y matorral bajo, con una ligera pendiente hacia arriba

Una vez que terminamos este trayecto marcado, tiramos por un atajo a la derecha, un poco irregular y difícil de bajar, y nos presentamos en casi nada a la orilla del Tiétar, que, pese a la época en que estamos, todavía tenía una pequeña corriente, al menos suficiente para nosotros, que, acalorados como íbamos, no dudamos en desprendernos de la ropa y darnos un reparador chapuzón, contemplados de cerca por dos pacientes caballos que allí pastaban y acosados desde dentro del agua por miles de nerviosos pececillos que querían probar a qué sabía la carne de peregrino.

Estábamos a punto de finalizar la primera parte de esta larguísima etapa. A eso de las tres estábamos comiendo en el restaurante de las Cuevas del Águila, que está casi al lado y que tiene menús a unos precios razonables. En el curso de la comida, a Pedro, uno de los nuestros, le pasó factura el calor sufrido o quizás el cambio brusco de temperatura entre el exterior y el interior y sufrió un pequeño mareo del que, por fortuna, no tardó en recuperarse.

Este de las Cuevas es un sitio idóneo para efectuar una parada larga y descansar, pero con menos calor, claro, porque hay que decir que en los momentos de la siesta probablemente estábamos a más de 40 grados y más metidos debajo de aquellas uralitas metálicas que hacían de la terraza un auténtico cocedero. Este fue también el lugar en el que se sumó a la expedición un miembro que, a la postre, resultó absolutamente esencial y que contribuyó en todo momento a facilitarnos nuestra andadura. Me refiero a Jesús el de Corchuela, cuñado de Antonio, que ya nos fue acompañando en una furgoneta hasta el final y que se preocupó siempre, con una amabilidad que es de agradecer, de que no nos faltara de nada, especialmente agua fresca, que es el bien más apreciado para el caminante.

La verdad es que su celo en su misión era tal, que más que un ayudante, en ocasiones parecía un mayordomo, de lo solícito que estaba en dispensarnos atenciones. Es una idea excelente la de llevar a alguien así en la aventura, aunque me temo que será difícil encontrar a quien lo haga tan bien como nuestro Jesús. Acabada esta digresión sobre nuestro benefactor, digamos que reemprendimos la marcha a las 5'30 de la tarde en dirección a Ramacastañas.

En este tramo nos acompañó Pedro, otro cuñado de Antonio, y, entre conversaciones sobre San Juan de Dios y otros personajes, nos emplumamos en una hora escasa en el mencionado pueblo, no sin antes saborear unas estupendas cervezas que nos regalaron dos amables operarios de una fábrica cercana y sin dejar de sorprendernos de hasta qué grado puede llegar la horterada humana en el tema de las construcciones. Véase, si no, "El Inca", un extraño mamotreto que alguien con dudoso criterio artístico ha colocado en lo alto de su local.

Desde Ramacastañas ya fuimos todo el rato hasta la Villa siguiendo el trazado de la Cañada por la que baja el ganado de la Sierra, unas veces a la izquierda y otras a la derecha de la carretera, unas veces por piedras y otras por mullidas praderas, en un recorrido precioso y a una hora a la que el sol empezaba a ser benevolente con nosotros. Una breve parada en el Camping y un camino que nos puso ya a los pies de Mombeltrán, aunque nos aguardaba todavía una sorpresa de remate: una cuesta gigante y de tremendo desnivel que, entrando por el barrio judío, nos situó ya en la Plaza del Mercado, el punto en el que teníamos nuestra posada.

Hay que decir que en la cima, muy ceremonioso, nos estaba esperando Marcelo con un pariente de Suiza, que nos saludó y nos dirigió unas palabras llenas de solemnidad:

"Bienvenidos y muchas gracias por venir, llevábamos cuatrocientos años esperando este momento".

Causaron su impacto, todo hay que decirlo. Este personaje, Marcelo, puede ser un puntal en el caso de que la idea del camino siga adelante. Se le ve preparado y comprometido. Sabemos incluso que sus planes de recibimiento eran todavía más ambiciosos, pero que, por diferentes razones, no los pudo llevar a cabo.

Esta Plaza en la que estábamos es, sin duda, uno de los emplazamientos más bonitos de la Villa y hay en ella, además, un edificio recién restaurado que da una justificación histórica a nuestro propósito. Se trata de un Hospital de Peregrinos del siglo XVI que acogía precisamente a los que desde Ávila se desplazaban a Guadalupe. El alcalde, otro más, vino al rato y nos lo abrieron para que lo pudiéramos ver, al tiempo que nos manifestó su interés y su promesa de colaboración para este proyecto que acaba de nacer.

Y ya nos tocó el merecido descanso. Tina, la de Avilés, nos repartió las habitaciones y nos puso la cena en un bonito comedor. Hubo también algún cubatita posterior en la terraza y alguna risa ante las indicaciones que le había hecho a Pedro el médico del pueblo. Unos consejos muy juiciosos, sin duda, pero que nosotros, por nuestras especiales características, no cumplíamos casi ninguno. Y a la cama. El día fue más que duro. Es difícil creerlo, pero anduvimos 52 kilómetros.

A las siete de la mañana del día 11 de agosto, jueves, ya estábamos en la Plaza y listos, tras un brevísimo desayuno, a volver a las andadas, nunca mejor dicho. Sobre el papel, esta etapa era mucho más corta y al menos en ese sentido no daba tanto miedo como la anterior, pero había, claro, una nueva circunstancia a tener en cuenta. Ese día tocaba subir el Puerto del Pico y si ya en coche da pereza, qué no será caminando. Sea como fuere, arrancamos y empezamos a disponer nuestro cuerpo dolorido para la faena.



Es curioso. Es como si los diferentes músculos, nervios, rozaduras y demás se fueran acomodando poco a poco, con protestas, hasta que llega un punto en que ya no molestan más de lo soportable. Esperábamos la Calzada romana, que algunos dicen que no lo es, más arriba, pero lo cierto es que empieza nada más salir de la Villa, aunque en este primer tramo está mucho más deteriorada que en el siguiente desde Cuevas. Mucho agua por el suelo y la percepción clara de que el desnivel empezaba y nos iba cargando las piernas.

Llegamos en una hora y media a las Cuevas del Valle, un pueblo que tiene una calle real preciosa, pero no se aprecia desde la carretera. Esta es una de las ventajas del caminar, te permite tener de los sitios una perspectiva que no te da el coche. La calle mencionada es larga y está salpicada de esas bonitas casas de típica arquitectura serrana en la que se mezclan el ladrillo y la madera, con esos balcones voladizos de los que en ocasiones cuelgan pimientos para secarse. Hicimos una parada en la Plaza para prepararnos de cara a lo que sería la gran ascensión.

En realidad no se trata de un trayecto largo, tan sólo 3.600 metros, pero sí que tiene una enorme pendiente y esto, después de llevar a las espaldas 60 kilómetros, se nota. No obstante, se sube en aproximadamente una hora. El paisaje es una hermosura, si la falta de aire te deja contemplarlo. Te vas elevando sobre el valle y vas comprobando la sinuosidad de esta extraordinaria vía que, como decíamos, algunos consideran romana, y otros medieval. Un poquito antes de llegar a la cima, a la derecha, están los restos de lo que en tiempos pudo ser un refugio.



Subiendo al Puerto del Pico por la calzada

Al cabo del tiempo calculado llegamos a la cumbre y nos acercamos hasta el restaurante que hay allí desde no hace mucho tiempo, pero estaba cerrado y proseguimos la ruta, esta vez cruzando la carretera y metiéndonos por uno de esos senderos de largo recorrido que va bordeando los pinares hasta llegar a la zona de las Ventas. Se trata de un paseo cómodo y agradable, pero hay que tener precaución con las vacas que por allí pastan y que están muy preocupadas, como pudimos comprobar, de sus terneros. Nos tuvimos que salir en ocasiones del camino para sortearlas y andar sobre una blanda pradera.

La Venta de San Miguel, la primera que encontramos, estaba cerrada y nos chafó las ilusiones de una cerveza fresca y merecidísima. La cuneta, cuando se está cansado, puede ser un lugar magnífico para un refrigerio y en esta ocasión lo fue. Si al chorizo de Antonio y al jamón de Diego le sumamos un tinto de Arzuaga que un servidor había tenido la precaución de meter en la mochila, el placer se vuelve casi indescriptible. Llaneamos después a orillas del Alberche, a la derecha de la carretera, invadidos por el olor desagradable y pesado de una flor que no logramos identificar.



En la Venta del Obispo

Llegamos a la Venta Rasquilla y pasamos con pesar de ese charco que nos invita a un baño y, un poquito más adelante, nos detuvimos en la Venta del Obispo y nos sentamos en la terraza del único bar que vimos abierto, como diría Sabina. Buenas y grandes jarras de cerveza o de tinto de verano e interesantes conversaciones respecto al futuro político de alguno de los caminantes.

Aquí tuvimos que tomar una decisión. O quedarnos a comer por la carretera en alguna sombra y aguardar a que el calor pasara o tirar hasta la siguiente Venta, hoy desaparecida, la de Santa Teresa. Sin hacer caso a los preceptos del galeno de la Villa, nos inclinamos todos por la segunda opción y nos propusimos continuar a una hora que la razón no aconsejaba. Un pequeño tramo de carretera y nos desviamos por Navalsáuz hasta coger un sendero que había de conducirnos a nuestro destino.

Parajes poco pisados y un puente precioso, cuyas aguas cristalinas estuvieron a punto, de nuevo, de hacernos parar. Seguimos y el camino se fue poniendo para arriba, todo esto en medio de un calor anonadante. Cuando pasábamos al lado de una casa en ruinas, una vaca, de repente, salió en estampida de su interior y nos asustó y el susto contribuyó a que perdiéramos la guía, de todos modos no muy clara, ya que el sendero que seguíamos seguramente llevaba mucho tiempo sin pisarse o era pisado por muy pocos, lo cual hacía que en algunos tramos estuviera casi ciego.

El caso es que tiramos en dirección a la Cueva del Maragato, subiendo mucho, pero, subiendo todavía más, nos teníamos que haber desviado hacia la izquierda y salvar así el promontorio en el que nos encaramamos inútilmente.

Marcha atrás, una cierta angustia, porque era la primera vez que no disponíamos de mucha agua, pero se impuso la sensatez y la consulta al mapa y casi al instante y, tras un breve rodeo a un pinar, dimos con la trayectoria adecuada. En una hora más o menos, a través de un camino propiamente dicho y atravesando una vez más pradera, llegamos hasta el lugar que en su día fue Venta de Santa Teresa y en el que se instalaron campamentos.

Allí sólo quedan los restos de una construcción abandonada y, lo más importante, unas sombras reparadoras que nos permitieron incluso echar una cabezadita y hasta roncar, después, hay que aclararlo, de degustar el mejor gazpacho fresco que los siglos hayan conocido y que nos acercó el bueno de Jesús.

Lo había preparado Cheli. Que los dioses la recompensen como se merece. Una parte del grupo se desplazó en furgoneta hasta un pueblo cercano, Cepeda la Mora, y nos trajo unos helados que nos supieron a gloria.



En Mengamuñoz

En torno a las 5' 30 reanudamos la marcha en dirección al Puerto de Menga, que, aunque más alto que el del Pico, sobrepasamos con mínimo esfuerzo. Lo hicimos por carretera, aunque nuestro propósito inicial fuera hacerlo por unos prados que van a la derecha, pero era un ratito y mereció la pena. Cuando llegamos a donde hay unos repetidores, nos metimos ya en tierra y bajamos hasta Mengamuñoz por una estrecha vereda que nos puso en un camino vecinal que nos condujo hasta el pueblo.

Otro alcalde más, Alfonso, nos acogió en su bar y nos dispensó los primeros refrescos hasta que llegó Eugenia, que era la encargada de enseñarnos la casa rural en la que íbamos a pernoctar. Una casa estupenda, con muchas habitaciones, que había servido antaño de escuela, ayuntamiento y calabozo. Ducha rápida y al bar de nuevo, que poco más podía hacerse en este poblado mínimo y encantador.

La cena fue de las que nos gustan a los peregrinos, poco pretenciosa, pero efectiva: huevos fritos, patatas, bacon y ensalada, vino y casera. Cuando estábamos en el gin-tónico, rememorando la jornada, un espectáculo natural nos hizo callar y fijar en él nuestros ojos extasiados. Era la luna, llena, que salía por encima de los montes que teníamos enfrente y que daba a la hora y al lugar una luminosidad que verdaderamente te hacía contemplar en silencio la maravillosa escena. Poco más podíamos añadir a un día que había sido completo, de manera que, todos satisfechos y pensando en lo poco que nos quedaba, nos retiramos a dormir.

A las siete de la mañana del viernes 12 de agosto ya estábamos en pie y preparados para rematar el trabajo emprendido. Cuando el final se acerca, los ánimos se exceden en lo positivo y esto es un error que se suele pagar, porque cada jornada, cuando de andar hablamos, tiene sus penalidades y nunca se puede exhibir la piel del oso sin haberlo cazado.



Aparentemente, lo que nos esperaba era pan comido, pero resultó un trozo de muy difícil tragar, por el sol inmisericorde y por una maldita llanura que parecía no tener fin. Al poco de salir de Mengamuñoz, un desvío, a la derecha, puso nuestros pasos en un bonito camino que nos metió en La Hija de Dios. Hasta aquí, todo bien, pero, a partir de entonces, la llanura se nos fue atragantando y convirtió en un pequeño infierno lo que debían ser las puertas del Paraíso.

Llegamos al Puente de los Cobos y tuvimos que recorrer un largo tramo, entre interminables cultivos de fresa, hasta llegar a Niharra, donde, por seguir la tónica, no había ningún bar abierto, pero sí un poyete acogedor, una panadería y un gitano que no regalaba los melones. Suficiente para sentarnos y disfrutar de un merecido descanso, con un señor que regañaba a su gato, al que le gustaba nuestro salchichón, y con nuestro buen Jesús, que, viéndonos ya bastante mermados, todavía extremaba sus cuidados y nos abrumaba con una solicitud que difícilmente se puede agradecer en su justa medida.

Ya estábamos ahí, es verdad, ya incluso se veían en la lejanía las murallas de nuestro destino, pero nos costó Dios y ayuda acercarnos hasta el fin de nuestro deambular. Es mejor, sin duda, no ver desde lejos la meta y que esta te sorprenda de improviso, porque de lo contrario, como nos ocurrió a nosotros, el acercamiento, siguiendo el curso del Adaja, se te hace interminable. Para colmo, hubo que hacer una parada técnica y es que a uno de los nuestros las tripas le dieron un aviso imperioso y, pese a la impiedad de la hora, tuvo que contestar a la llamada de las tripas. Un poco más de agotamiento, las bromas consabidas, y a eso de las 13'30 estábamos entrando por la Puerta de San Vicente.



Subimos una cuesta inmensa que nos llevó a la Catedral, a la que no entramos, porque costaba dinero y preferíamos, con razón, emplearlo en una buena comida con que nos premiamos en un restaurante cerca del Chico. Tocamos, no obstante, la puerta, y allí estaban, para certificarlo, unos cuantos oropesanos que se habían desplazado en coche.

Nuestra aventura había concluido con éxito desde todos los puntos de vista, pero, especialmente, en el que tiene que ver con los que participamos en la misma, venidos cada uno desde diferentes frentes, conseguimos aunarnos de forma misteriosa y hacer que nuestros pasos fueran en verdad unidos.

Algunas conclusiones:

- *El camino es realmente precioso y se puede hacer en su mayoría por tierra.*
- *Si unimos el tramo hecho al que va de Oropesa a Guadalupe, sería la leche.*
- *El mejor sentido sería Ávila- Guadalupe.*
- *Las etapas deben ser más cortas y racionales.*
- *Si nos damos para hacerlo una semana, sería una ruta memorable.*
- *En cualquier caso, ha merecido la pena.*

